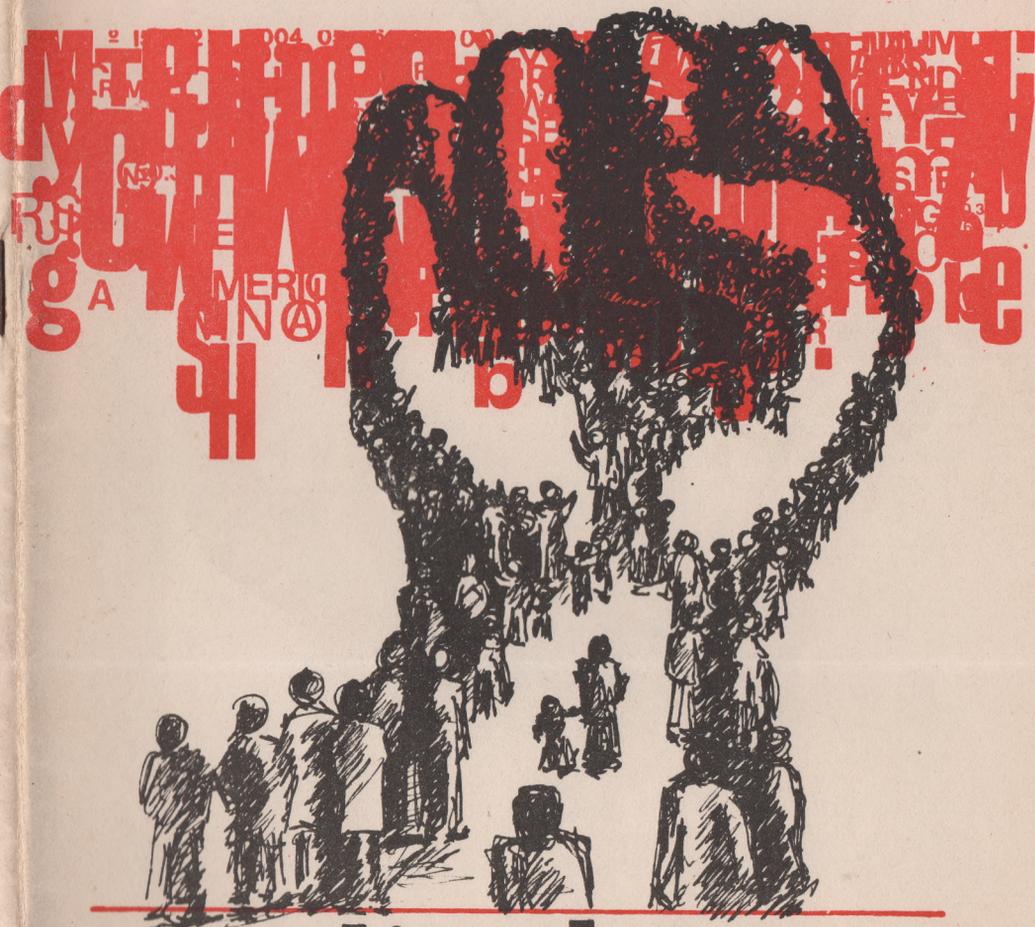


recortes

*elementos para
la formación y la discusión*



coordinadora
pro **fAu**

Una y otra vez

El puño que se levanta para liberar y la bota asesina que silencia. Una y otra vez entre derrotas y pequeñas victorias por un solo asunto: el irreductible enfrentamiento entre el despotismo y la revolución.

Y en la pugna; la libertad como ejercicio militante. Más que eso todavía, como producto del desarrollo del individuo en su ambiente societario, comprendiendo al fin que para obtenerla en mayor medida debe liberar su entorno.

Ese puño en ascenso contiene la palabra escrita; un combatiente más.

Hoy; a través de este material; que pretende ayudar a resolver la urgente necesidad de exteriorizar los esfuerzos en la recomposición de nuestras filas; blanco junto a otros sectores de la saña a sueldo de la dictadura y los sectores conservadores.

Por lo pronto este trabajo está destinado a cubrir las carencias harto sentidas entre compañeros; de falta de literatura clásica y otros escritos, que como forma de instaurar continuidad con el rico pasado del movimiento Anarquista Uruguayo, además de tener valor documental, contengan plena vigencia.

Renace entonces el viejo "Recortes", comunicación periódica de nuestra colectividad.

Las pretensiones son vastas; las tareas inmediatas. En ellas el crecimiento estará pautado por el sentido unitario dentro del respeto a la diversidad para que la organicidad condicione cada paso.

Contamos con la herencia de una característica que encarna desde hace mucho en nuestra sociedad: la de los levantamientos, de la participación exigible por la lucha.

Ahora simplemente seguimos.

Sosteniendo que las armas son múltiples en teoría y en práctica. Pero accionando directamente. Partiendo de la verdad. Porque si hemos de reconocer alguna derrota, eso implica admitir no conformarse con migajas.

Salud y Anarquía.

BAkunin

(EXTRACTADO DE DIOS Y EL ESTADO)

Vemos también en todas partes y siempre que, cuando la masa de los trabajadores se mueve, los liberales burgueses más exaltados se vuelven inmediatamente partidarios tenaces de la omnipotencia del Estado.

Al lado de esta razón práctica, hay otra de naturaleza por completo teórica que obliga igualmente a los liberales más sinceros a volver siempre al culto del Estado. Son y se llaman liberales porque toman la libertad individual por base y por punto de partida de su teoría, y es precisamente porque tienen ese punto de partida o es base que deben llegar, por una fatal consecuencia, al reconocimiento del derecho absoluto del Estado.

La libertad individual no es, según ellos, una creación, un producto histórico de la sociedad. Pretenden que es anterior a toda sociedad, y que todo hombre la trae al nacer, con su alma inmortal, como un don divino. De donde resulta que el hombre es algo, que no es siquiera completamente él mismo, un ser entero y en cierto modo absoluto más que fuera de la sociedad. Siendo libre anteriormente y fuera de la sociedad, forma necesariamente esta última por un acto voluntario y por una especie de contrato, sea instintivo o tácito, sea reflexivo o fomal. En una palabra, en esa teoría no son los individuos los creados por la sociedad, son ellos, al contrario, los que la crean, impulsados por alguna necesidad exterior, tales como el trabajo y la guerra.

Se ve que en esta teoría, que en la sociedad propiamente dicha no existe la sociedad humana natural, el punto de partida real de toda civilización humana, el único ambiente en el cual puede nacer realmente y desarrollarse la personalidad y la libertad de los hombres, le es perfectamente desconocida. No reconoce de un lado más que a los individuos, seres existentes por sí mismos y libres de sí mismos, y por otro a esa sociedad convencional, formada arbitrariamente por esos individuos y fundada en un contrato, formal o tácito....

Los individuos humanos... aparecen, en esa teoría, como seres... Dotados cada uno de un alma inmortal y de una libertad o de un libre arbitrio inherentes, son, por una parte, seres infinitos, absolutos y como tales complejos en sí mismos, por sí mismos, bastándose a sí y no teniendo necesidad de nadie.... Por otra parte, son seres brutalmente materiales, débiles, imperfectos, limitados y absolutamente dependientes de la naturaleza exterior, que los lleva, los envuelve y acaba por arrastrarlos tarde o temprano. Considerados desde el primer punto de vista, tienen tan poca necesidad de la sociedad, que esta última aparece más bien como un impedimento a la plenitud de su ser, a su libertad perfecta.

....Por tanto es evidente que, dotado de un alma inmortal de una infinitud y de una libertad inherentes a esa alma, el hombre es un ser eminentemente antisocial.

Realmente —los hombres— se presentan a nosotros como seres determinados... por la naturaleza exterior, por la configuración del suelo y por todas las condiciones materiales de su existencia; determinadas por las innumerables relaciones políticas, religiosas y sociales, por los hábitos, las costumbres, las leyes, por todo un mundo de prejuicios o de pensamientos elaborados lentamente por



los siglos pasados, y que se encuentran al nacer a la vida en sociedad. Partiendo del estado de gorila, el hombre no llega sino dificultosamente a la conciencia de su humanidad y a la realización de su libertad... no se emancipa progresivamente más que en el seno de la sociedad, que es necesariamente anterior al nacimiento de su pensamiento, de su palabra y de su voluntad; y no puede hacerlo más que por los esfuerzos colectivos de todos los miembros pasados y presentes de esa sociedad que es, por consiguiente, la base y el punto de partida natural de su humana existencia. Resulta de ahí que el hombre no realiza su libertad individual o bien su personalidad más que completándose con todos los individuos que lo rodean, y solo gracias al trabajo y al poder colectivo de la sociedad... la sociedad lejos de aminorarla y de limitarla, crea, al contrario, la libertad de los individuos humanos. Por consiguiente, el hombre debe buscar su libertad, no al principio; sino al fin de la historia.

Muy otro es el punto de vista de los idealistas... La sociedad no se forma, pues, más que por una especie de sacrificio de los intereses y de la independencia del alma a las necesidades despreciables del cuerpo. Es una verdadera decadencia y una sumisión del individuo interiormente inmortal y libre, una renuncia, al menos parcial, a su libertad primitiva.

Se conoce la frase sacramental; que expresa esa decadencia y ese sacrificio, ese primer paso fatal hacia el sometimiento humano. El individuo que goza de una libertad completa en el estado natural, es decir antes de que se haya hecho miembro de ninguna sociedad, sacrifica al entrar en esa última, una parte de esa libertad, a fin de que la sociedad le garantice todo lo demás. A quien demanda la explicación de esa frase, se le responde ordinariamente con otra: La libertad de cada individuo no debe tener otros límites que la de todos los demás individuos... esa frase contiene en germen toda la teoría del despotismo. Conforme a la idea fundamental de los idealistas y contrariamente a todos los hechos reales, el individuo humano aparece como un ser absolutamente libre en tanto y sólo en tanto que queda fuera de la sociedad, de donde resulta que esta última (...) es la negación de la libertad.

(...) El hombre no se convierte en hombre y no llega, tanto a la conciencia como a la realización de su humanidad, más que en la sociedad y solamente por la acción colectiva de la sociedad entera, no se emancipa del yugo de la naturaleza exterior más que por el trabajo colectivo o social, lo único que es capaz de transformar la superficie terrestre en una morada favorable a los desenvolvimientos de la humanidad; y sin esa emancipación material no puede haber emancipación intelectual y moral para nadie. No puede emanciparse del yugo de su propia naturaleza.

(...) En fin, el hombre aislado no puede tener conciencia de su libertad...
(...) La libertad no es, pues, un hecho de aislamiento, sino al contrario, de alianza, pues la libertad de todo individuo no es otra cosa que el reflejo de su humanidad o de su derecho humano en la conciencia de todos los hombres libres, sus hermanos, sus iguales.

No puedo decirme y sentirme libre más que en presencia y ante otros hombres.

(...) No soy verdaderamente libre más que cuando todos los seres humanos que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres. La libertad de otro, lejos de ser un límite o la negación de mi libertad, es al contrario su condición necesaria y su confirmación. No me hago libre verdaderamente más que por la libertad de los otros, de suerte que cuanto más numerosos son los hombres libres que me rodean y más vasta es su libertad, más extensa, más profunda y más amplia se vuelve mi libertad (!!!) no puedo decirme verdaderamente libre más que cuando mi libertad, o lo que quiere decir lo mismo, cuando mi dignidad de hombre, mi derecho humano (!) reflejados por la conciencia igualmente libre de todos, vuelven a mí confirmados por el asentimiento de todo el mundo.

(...) La libertad es (...) sobre todo eminentemente social, porque no puede ser realizada más que por la sociedad y sólo en la más estrecha igualdad y solidaridad de cada uno con todos.

El segundo elemento o momento de la libertad. Es la rebelión del individuo humano contra toda autoridad divina y humana (...) es la rebelión contra la tiranía del fantasma supremo de la teología (...) la rebelión de cada uno contra la tiranía de los hombres, contra la autoridad (...) representada y legalizada por el Estado (...). Las dos grandes instituciones que se imponen a nosotros como establecidas por Dios mismo para la dirección de los hombres: la Iglesia y el Estado. (...) La tiranía (ideológico) social, a menudo aplastadora y funesta, no presenta ese carácter de violencia imperativa, de despotismo legalizado y formal (...) No se impone como una ley a la que todo individuo está forzado a someterse bajo pena de incurrir en un castigo jurídico. Su acción es más suave, más insinuante, más imperceptible pero (...) poderosa (...). Domina a los hombres por los hábitos, por las costumbres, por la masa de los sentimientos y de los prejuicios tanto de la vida material como del espíritu (...) y que constituye lo que llamamos la opinión pública. Envuelve al hombre desde su nacimiento, lo traspasa, lo penetra, y forma la base misma de su existencia individual, de suerte que cada uno no es en cierto modo más que el cómplice contra sí mismo, más o menos, y muy a menudo sin darse cuenta siquiera. Para rebelarse contra esa influencia (...) el hombre debe rebelarse, al menos en parte, contra sí mismo, porque (...) tendencias y aspiraciones materiales, intelectuales y morales (son) el producto de la sociedad. (...) El Estado es una institución histórica, transitoria, una forma pasajera de la sociedad, como la iglesia misma de la cual no es sino el hermano menor, pero no tiene el carácter de la sociedad, que es anterior a todos los desenvolvimientos de la humanidad (!!!) constituye la base misma de toda existencia humana. El hombre, al menos desde que dio su primer paso hacia la humanidad (...) un ser que habla y que piensa más o menos, nace en la sociedad (...) no la elige, al contrario, es producto de ella, y está sometida a las leyes (...) que presiden sus desenvolvimientos necesarios, como a todas las otras leyes naturales. La sociedad es anterior y a la vez sobrevive a cada individuo humano, como la naturaleza misma.

(...) Un individuo que quiera poner en tela de juicio la sociedad (...) se colocaría por eso mismo fuera de todas las condiciones de una real existencia, se lanzaría en la nada, en el vacío absoluto, en la abstracción muerta (...). Se puede, pues, preguntar con tan poco derecho si la sociedad es un bien o un mal, como es imposible preguntar si la naturaleza... es un bien o un mal.

... No sucede lo mismo con el Estado (...) y las divagaciones teológicas de los hombres. El Estado no es la sociedad, no es más que una de sus formas históricas.

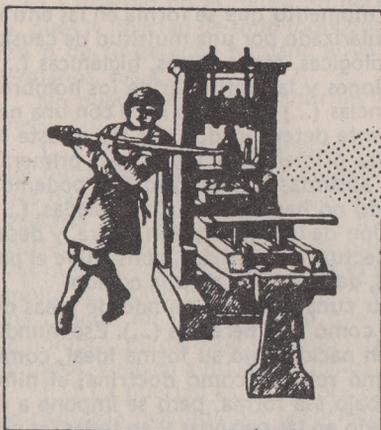
(...) La sociedad no se impone formalmente, oficialmente, autoritariamente, se impone naturalmente.

(...) El individuo humano (...) desde el momento que se forma en las entrañas de la madre, se encuentra yo (...) particularizado por una multitud de causas y de acciones materiales geográficas climatológicas, etnográficas, higiénicas (...) económicas (...) y en tanto que las inclinaciones y las aptitudes de los hombres dependen del conjunto de todas esas influencias (...) cada uno nace con una naturaleza o un carácter individual materialmente determinado. (...) No es éste el lugar de investigar cómo se han formado las primeras nociones y las primeras ideas, cuya mayoría no eran naturalmente absurdas (...) todo lo que podemos decir con plena certidumbre es que ante todo no han sido creadas aisladas. (...) Este pensamiento, transmitido por la tradición de una generación a otra, y desarrollándose cada vez más por el trabajo intelectual de los siglos, constituye el patrimonio intelectual y moral de una sociedad, de una clase, de una nación.

Cada generación nueva encuentra en su cuna todo un mundo de ideas de imaginaciones y de sentimientos que recibe como una herencia (...). Ese mundo no se presenta al principio al hombre recién nacido bajo su forma ideal, como sistema de representaciones y de ideas como religión como doctrina; el niño sería incapaz de recibirlo y de concebirlo bajo esa forma, pero se impone a él como sistema de hechos encarnado y realizado en una generación y en todas las cosas que lo rodean, y que habla a sus sentidos por todo lo que oye y lo que ve desde el primer día de su vida (...)

Representaciones e ideas (...) sobre la naturaleza y sobre el hombre, sobre la justicia, sobre los deberes y los derechos de los individuos y de las clases, sobre las conveniencias sociales, sobre la familia, sobre la propiedad sobre el Estado y muchas otras aún que regulan las relaciones entre los hombres, todas estas ideas que encuentran al nacer, encarnadas en las cosas y en los hombres y que se imprimen en su propio espíritu por la educación y por la instrucción que recibe antes de que haya llegado a la conciencia de sí mismo, las encuentra más tarde consagradas, explicadas, comentadas por las teorías que expresan la conciencia universal o el prejuicio colectivo y por todas las instituciones religiosas, políticas y económicas de la sociedad de que constituye parte. El poder de sentimiento colectivo o del espíritu público es ya, hoy muy importante. Aun los hombres más capaces de cometer crímenes se atreven rara vez a desafiarlo, a afrontarlo abiertamente.

Pero puesto, que ese poder social existe, ¿por qué hasta el día de hoy no ha sido suficiente, para moralizar, para humanizar a los hombres? La respuesta a esta pregunta es muy sencilla: porque hasta el día de hoy tampoco él ha sido humanizado. Y no lo ha sido porque la vida social de la que él es la expresión más fiel se basa, como se sabe, en el culto divino y no en el respeto humano, en la autoridad y no en la libertad, en el privilegio y no en la igualdad, en la explotación y no en la fraternidad de los hombres, en la iniquidad y la mentira y no en la justicia y la verdad. Por consiguiente su acción real, siempre en contradicción con las teorías humanitarias que profesa, ha ejercido de modo constante una influencia funesta y corruptora, no una acción moral. No reprime los vicios y los crímenes; los crea. Su autoridad es, por lo tanto una autoridad divina anti-humana, y su influencia es maligna y funesta. ¿Deseáis hacerlas bienhechoras y humanas? Haced la Revolución Social. Haced que todas las necesidades se vuelvan realmente solidarias, que los intereses materiales y sociales de cada cual se conformen en los deberes humanos de cada cual. Y para ello no hay más que un medio: destruid todas las instituciones de la desigualdad y estableced la igualdad económica y social de todas, y sobre esta base se levantarán la libertad, la moralidad y la humanidad solidaria de todo el mundo.



LA ORGANIZACION: SU PROGRAMA, SU TACTICA, SU DISCIPLINA

Es cierto que hay —en el pueblo— una gran fuerza elemental, una fuerza sin duda alguna superior a la del gobierno y a la de las clases dirigentes tomadas en conjunto; pero una fuerza elemental no es, sin organización, un poder real. Sobre esta innegable ventaja de la fuerza organizada respecto de la fuerza elemental del pueblo se basa el poder del Estado.

En consecuencia, el problema no estriba en saber si —el pueblo— puede sublevarse, sino si es capaz de construir una organización que le proporcione los medios de llegar a un fin victorioso. No a una victoria fortuita, sino a un triunfo prolongado, definitivo.

... Sólo la revolución universal es lo bastante fuerte para trastornar y romper el poder organizado del Estado, sostenido con todos los recursos de las clases ricas. Pero la revolución universal es la revolución social, es la revolución simultá-

nea del pueblo campesino y del pueblo urbano. Eso es lo que hay que organizar, porque sin una organización preparatoria los elementos más poderosos se vuelven impotentes y nulos.

En los momentos de grandes crisis políticas o económicas, cuando el instinto de las masas, calentado al rojo, se abre a todas las inspiraciones felices, cuando los rebaños de hombres esclavos, doblegados, aplastados, pero nunca resignados, se rebelan por fin contra su yugo, aunque se sientan desorientados e impotentes por lo mismo que se hallan completamente desorganizados, diez, veinte o treinta hombres instruidos y bien organizados entre sí, que sepan a dónde van y qué quieren, pueden fácilmente arrastrar a ciento, a doscientos, a trescientos hombres, o aún más. Recientemente lo vimos en la Comuna de París. La organización sería, apenas iniciada durante el asedio, no era perfecta ni fuerte, y sin embargo bastó para crear un formidable poder de resistencia.

... Para que la Internacional pueda realmente adquirir ese poder, para que la décima parte del proletariado —organizada por la Asociación— pueda arrastrar las otras nueve décimas partes, es necesario que cada miembro, en cada sección, esté mucho mejor imbuido de los principios de la Internacional. Sólo bajo esta condición podrá llenar con eficacia, en tiempo de paz y de calma, la misión de

propagandista y apóstol, así como en tiempos de lucha llenará la misión de jefe revolucionario.

... Para que todos los miembros de la Internacional puedan llenar de manera consciente su doble deber de propagandistas y jefes naturales de las masas en la Revolución, es necesario que cada uno de ellos esté imbuido, tanto como sea posible, de esa ciencia, de esa filosofía y de esa política.

... Nunca se debe renunciar al programa revolucionario claramente establecido, ni por lo que atañe a su forma, ni por lo que atañe a su sustancia.

Las reticencias, las verdades a medias, los pensamientos castrados y las complacientes atenuaciones y concesiones de una diplomacia cobarde no son los elementos con que se forman las grandes cosas; éstas sólo se forman con corazones enhiestos, con un espíritu justo y firme, con una finalidad claramente determinada y con una gran valentía.

... Sabemos ... que en política no hay práctica honesta y útil posible sin una teoría y una finalidad claramente determinadas.

No cabe duda de que el número de nuestros adherentes será mayor si evitamos precisar nuestro real carácter. (...) Pero ya dice el proverbio que quien mucho abarca poco aprieta: compraríamos todas esas preciosas adhesiones al precio de nuestra completa aniquilación. Y entre tantos equívocos y frases que hoy envenenan la opinión pública de Europa, sólo seríamos una mala broma más.

... Que las autoridades revolucionarias dejen de hacer frases, pero, teniendo un lenguaje tan moderado y pacífico como se quiera, que hagan la revolución.

Justamente lo contrario de lo que las autoridades revolucionarias han hecho hasta ahora en todos los países. Con harta frecuencia han sido excesivamente enérgicas y revolucionarias en su lenguaje, y muy moderadas, por no decir reaccionarias, en sus actos. Hasta puede decirse que casi siempre la energía del lenguaje les ha servido de máscara para engañar al pueblo, para ocultar de él la debilidad y la inconsecuencia de sus actos.

... Mal que bien, hemos logrado formar un pequeño partido; pequeño con relación al número de hombres que han adherido a él con conocimiento de causa, pero inmenso con respecto a sus adherentes instintivos, a esas masas populares cuyas necesidades representa mejor que cualquier otro partido. Ahora debemos navegar todos juntos en el océano revolucionario, y de aquí en adelante debemos propagar nuestros principios, ya no con palabras, sino con hechos, porque tal es la más popular, poderosa e irresistible de las propagandas.

¿Qué deben hacer, luego, las autoridades revolucionarias (y procuremos que éstas sean las menos posibles)? ¿Qué deben hacer para extender y organizar la revolución? No deben hacer la revolución por decreto: no deben imponerla a las masas. Deben provocarla en las masas. No deben imponer a éstas una organización, sea la que fuere, sino que, promoviendo su organización autónoma desde abajo hasta arriba, deben trabajar bajo cuerda, con ayuda de la influencia individual sobre los individuos más inteligentes e influyentes de cada localidad, a fin de que esa organización se adecue en la mayor medida posible a nuestros principios. En esto finca todo el secreto de nuestro triunfo.

No se piense que estoy abogando en pro de la anarquía absoluta en los movimientos populares. Una anarquía como esa no sería nada más que una completa ausencia de pensamiento, de finalidad y de conducta común, y necesariamente habría de desembocar en una común impotencia. Todo lo que existe y todo lo que es viable se produce dentro de cierto orden, que le es inherente y que pone de manifiesto lo que hay en él.

... Los revolucionarios políticos, los partidarios de la dictadura ostensible, recomiendan, una vez que la revolución ha obtenido su primera victoria, el apaciguamiento de las pasiones, el orden, la confianza y la sumisión a los nuevos poderes establecidos. De esta manera reconstituyen el Estado. Nosotros, por el contrario, debemos fomentar, despertar y desencadenar todas las pasiones; debemos producir la anarquía y, como pilotos invisibles en medio de la tempestad,

tad popular, debemos dirigirla, no por un poder ostensible, sino por la dictadura colectiva de todos los aliados (miembros de la Alianza Revolucionaria). Dictadura sin cetro, sin título, sin derecho oficial, y tanto más poderosa cuanto que no tendrá ninguna de las apariencias del poder. Esa es la única dictadura que yo admito. Pero para que pueda actuar es necesario que exista, y para ello es necesario prepararla y organizarla por anticipado, pues no se hará sola, ni por discusiones, ni por exposiciones y debates de principios, ni por asambleas populares.

Por muy enemigo que sea de lo que en Francia se llama disciplina, reconozco, no obstante, que cierta disciplina, no automática, sino voluntaria y reflexiva y que esté en perfecto acuerdo con la libertad de los individuos, es y será siempre necesaria cada vez que muchos individuos, libremente unidos, emprendan un trabajo o una acción colectiva, no importa cuál. En tal caso, la disciplina no es nada más que la concordancia voluntaria y reflexiva de todos los esfuerzos individuales hacia un fin común. En el momento de la acción, en medio de la lucha, los papeles se dividen naturalmente, según las aptitudes de cada cual, apreciadas y juzgadas por toda la colectividad: unos dirigen y mandan, y otros ejecutan las órdenes. Pero ninguna función se petrifica, se fija ni permanece irrevocablemente adherida a persona alguna. El orden y la promoción jerárquicos no existen, de manera que el comandante de ayer puede ser el subalterno de hoy.

En ese sistema ya no hay, en rigor, poder. El poder se funde en la colectividad y se convierte en la sincera expresión de la libertad de cada uno, en la realización fiel y seria de la voluntad de todos. Todos obedecen sólo porque el jefe de ese día no ordena sino lo que todos quieren.

Tal es la disciplina verdaderamente humana, la disciplina necesaria para la organización de la libertad.

La unidad viva, verdaderamente poderosa, es la que queremos todos, es la que la libertad crea en las entrañas mismas de las diversas y libres manifestaciones de la vida, expresándose por la lucha, es el equilibrio y la armonización de todas las fuerzas vivas. Comprendo que un general de división de un ejército adore el silencio de muerte que la disciplina impone a la muchedumbre. Vuestro general, nuestro general, el general del pueblo, no tiene necesidad de ese silencio de esclavos; habituado a vivir y a comandar en medio de las tormentas, jamás es mayor su talla que en la tempestad. La tempestad, esto es, el desercadenamiento de la vida popular, lo único capaz de arrasar todo ese mundo de iniquidades establecidas.

... Una asociación que tiene un fin revolucionario debe necesariamente formarse en **sociedad secreta**, y toda sociedad secreta, en interés de la causa que sirve y de la eficacia de su acción, así como en interés de la seguridad de cada uno de sus miembros, debe estar sometida a una **fuerte disciplina**, que no es, por lo demás, otra cosa que el resumen y el mero resultado del compromiso recíproco que todos los miembros han contraído entre sí.

a



LIBERTAD Y LUCHA IDEOLOGICA

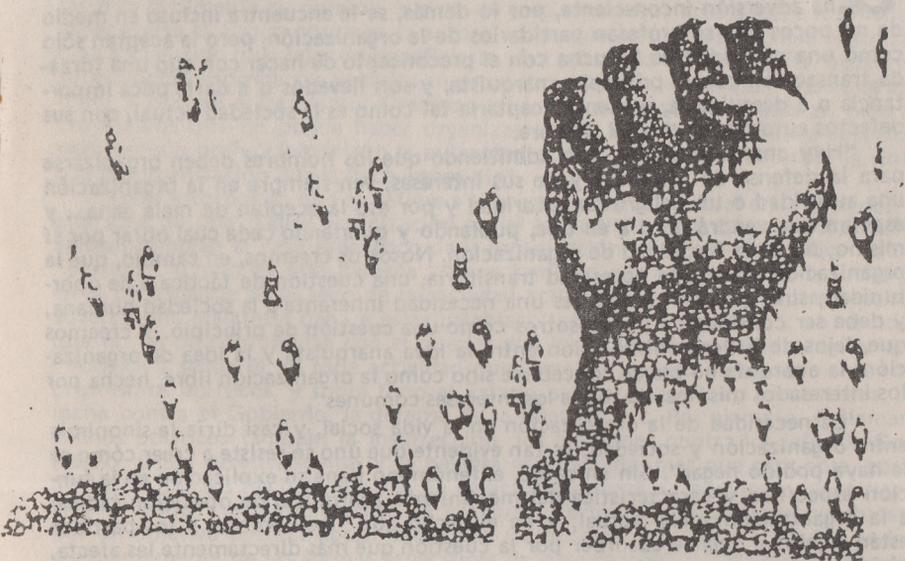
Sentimos el mayor respeto, no por todas las opiniones, sino por el derecho que cada cual tiene de profesar las suyas; cuanta más honestidad y franqueza ponga un hombre en su opinión, más estimable nos parece.

Reparad en que aquellos que predicán la paz a cualquier precio, la inmola-ción de las convicciones opuestas ante las necesidades de una unión aparente, y que lanzan sus maldiciones sobre quienes convocan a la guerra civil, son siempre moderados, reaccionarios, o por lo menos hombres que carecen de convicción, de energía y de fe. Son los adormecedores, los tibios.

Son, precisamente, aquellos que pierden todas las causas.

Una buena guerra civil, franca, abierta, vale mil veces más que una paz podrida. Por lo demás, nunca la paz deja ser aparente; bajo su égida falaz, la guerra continúa, pero impedida de desplegarse libremente, por lo que adquiere carácter de intriga, un carácter mezquino, miserable y a menudo infame.

Además, se trata de una guerra mucho más teórica que práctica, pues se trata de una lucha de ideas, no de intereses. Y una lucha como ésta sólo puede tener efectos bienhechores para la Internacional; necesariamente contribuye al desarrollo de su pensamiento sin causar el menor perjuicio a su solidaridad real, ya que ésta no es teórica, sino práctica.



CIERTOS "REVOLUCIONARIOS" MODERADOS

Estos revolucionarios moderados le reprocharon a la juventud revolucionaria su confianza en el pueblo, como si hubiese sido una gran locura. (...) Temían la insurrección mucho más de lo que la deseaban. Sin embargo, al poner de manifiesto su innegable sabiduría por la legítima desconfianza que el pueblo siempre les había inspirado, no pudieron a su vez evitar otra locura, pues no de otro modo puedo calificar su confianza infantil en los auxilios de la diplomacia, de la que son, por lo demás, víctimas.

mAlAtestA

LA ORGANIZACION **a** NARQUISTA



Una adhesión inconsciente, por lo demás, se le encuentra incluso en medio de no pocos que se profesan partidarios de la organización, pero la aceptan sólo como una necesidad de la lucha con el preconcepto de hacer con ello una fuerza transacción con el principio anarquista, y son llevados o a darle poca importancia o a descuidarla, o bien a aceptarla tal como es la sociedad actual, con sus defectos autoritarios de casi siempre.

"Hay anarquistas que, aun admitiendo que los hombres deben organizarse para la defensa de sus ideas y de sus intereses, ven siempre en la organización una autoridad o un peligro de autoridad y por eso la aceptan de mala gana... y esperan que vendrá un día en que, pudiendo y queriendo cada cual obrar por sí mismo, no haya necesidad de organización. Nosotros creemos, en cambio, que la organización no es una necesidad transitoria, una cuestión de táctica o de oportunidad, sino que, en cambio, es una necesidad inherente a la sociedad humana, y debe ser considerada por nosotros como una cuestión de principio. Y creemos que, lejos de haber contradicción entre la idea anarquista y la idea de organización, la anarquía no puede concebirse sino como la organización libre, hecha por los interesados mismos, de todos los intereses comunes".

"La necesidad de la organización en la vida social, y casi diría la sinonimia entre organización y sociedad, es tan evidente que uno se resiste a creer cómo se le haya podido negar". Sin embargo, el fenómeno tiene su explicación en la función específica y característica del movimiento anarquista de oposición radical a la organización social actual, y en el hecho que "los hombres y los partidos están sujetos a dejarse absorber por la cuestión que más directamente les afecta, olvidando todas las cuestiones conexas; a mirar más a la forma que a la sustancia; en fin, a ver las cosas por un solo lado y a perder así la noción de la realidad.

"El movimiento anarquista comenzó como reacción contra el espíritu de autoridad, dominante en la sociedad civilizada, y además en todos los partidos y en todas las organizaciones obreras, y se ha ido engrosando simultáneamente con todas las revueltas promovidas contra todas las tendencias autoritarias y centralizadoras. Era natural, por consiguiente, que muchos anarquistas estuviesen como hipnotizados por esta lucha contra la autoridad y que, creyendo, por la influencia de la educación autoritaria recibida, que la autoridad es el alma de la organización social, para combatir aquélla combatiesen y negasen ésta. Y la hip-

notización llegó al punto de hacer sostener cosas verdaderamente increíbles. Se combatió toda especie de cooperación y de entente, considerando que la asociación era la antítesis de la anarquía; se sostuvo que, sin acuerdos, sin obligaciones recíprocas, haciendo cada cual lo que le pasara por la cabeza sin informarse siquiera de lo que hace el otro, todo habría armonizado espontáneamente; que anarquía significa que cada hombre debe bastarse a sí mismo y hacer por sí todo lo que es preciso sin intercambio y sin trabajo asociado...

"Ahora bien, que la organización, es decir, la asociación por un objetivo determinado y con las formas y los medios necesarios para conseguir aquel fin, es algo necesario a la vida social, nos parece evidente. El hombre aislado no puede vivir, ni siquiera la vida de la bestia: es impotente... Habiendo por eso de unirse con los otros hombres, hallándose también unido a consecuencia de la evolución anterior de la especie, debe, o bien sufrir la voluntad de los otros, (ser esclavo) o imponer la voluntad propia a los demás (ser una autoridad), o vivir con los otros en acuerdo fraterno en vista del mayor bien de todos (ser un asociado). Nadie puede eximirse de esta necesidad; y los más excesivos antiorganizadores no sólo sufren la organización general de la sociedad en que viven, sino también en los actos voluntarios de su vida, incluso en las revueltas contra la organización, se unen, se dividen la tarea, se organizan con aquellos con quienes van de acuerdo y utilizan los medios que la sociedad pone a su disposición...

"Anarquía significa sociedad organizada sin autoridad, entendiéndose por autoridad la facultad de imponer la propia voluntad y no ya el hecho inevitable y benéfico que quien mejor entiende y sabe hacer una cosa consigue hacer aceptar más fácilmente su opinión, y sirve de guía, en aquella cosa dada, a los menos capaces que él. Según nosotros, la autoridad no sólo no es necesaria a la organización social, sino que, lejos de beneficiarle, vive sobre ella como parásita, obstruye su evolución y dirige sus ventajas en provecho especial de una dada clase que explota y oprime a las otras... Creemos así y por eso somos anarquistas, pues si creyésemos que no puede haber organización sin autoridad, seríamos autoritarios, porque preferiríamos aún la autoridad que obstruye y ensombrece la vida, a la desorganización que la hace imposible".

Todo esto por lo que se refiere a la organización en general en la sociedad y a la idea de una futura organización social anarquista. Pero estos conceptos se aplican también al caso específico de la organización anarquista, "política" o de "partido", (como ha sido llamada a veces también por Malatesta) en la lucha y en la propaganda en el seno de la sociedad actual y contra ella. Pero es preciso advertir que Malatesta daba a estas palabras, "política" y "partido", un sentido que no ha de confundirse con el que les dan los politicantes y los autoritarios. "Política", según él, es toda actividad que tiene por objeto particularmente los organismos políticos, y sobre todo el Estado, sea para negarlos o combatirlos, la lucha contra el Gobierno, la defensa de la libertad, etc. Por ejemplo, se llaman hechos políticos también la insurrección, los atentados contra los jefes de Gobierno, y así sucesivamente; y la palabra es adoptada, más que otra cosa, para distinguir ciertos hechos de otros de carácter económico, religioso o científico, etc. "Partido" es, simplemente, el conjunto de todos aquellos que combaten por un objetivo político-social dado, con los mismos criterios y acuerdos, independientemente de las formas específicas de organización, y también de su existencia o no.

Pero en sustancia, sus ideas sobre el argumento no variaron. "Admitida posible la existencia de una colectividad organizada sin autoridad, es decir, sin coacción, — y para los anarquistas es necesario admitirla, porque de otro modo la anarquía no tendría sentido"— también la organización anarquista nos parece "útil y necesaria". "Si partido significa el conjunto de individuos que tienen un objetivo común y se esfuerzan por alcanzar ese objetivo, es natural que se entiendan, que unan sus fuerzas, se dividan el trabajo y tomen todas las medidas estimadas aptas para alcanzar aquel objetivo. Permanecer aislados, obrando o queriendo obrar cada cual por su cuenta sin entenderse con otros, sin prepararse, sin unir en un haz poderoso las débiles fuerzas de los individuos, significa conde-

narse a la impotencia, malgastar la propia energía en pequeños actos sin eficacia y perder bien pronto la fe en la meta y caer en la completa inacción".

Algunos anarquistas suelen decir que no son un partido y que no tienen programa. Tal lenguaje sería comprensible "si se tratase de estudiosos que buscan la verdad sin preocuparse de las aplicaciones prácticas...; ellos (los estudiosos) quieren conocer, no quieren hacer algo determinado. Pero anarquía y socialismo no son ciencias: son propósitos, proyectos que anarquistas y socialistas quieren poner en práctica y que por eso tienen necesidad de ser formulados en programas determinados... Nosotros entendemos por partido anarquista el conjunto de aquellos que quieren concurrir a realizar la anarquía, y que por eso tienen necesidad de fijarse un objetivo a alcanzar y un camino a recorrer...". Por consiguiente, los anarquistas son un partido y tienen un programa, aun aquellos a quienes estas palabras desagraden.

Cuando una colectividad tiene una necesidad y sus miembros no saben organizarse espontáneamente por sí mismos para satisfacerla, surge alguno, una autoridad, que da satisfacción a aquella necesidad sirviéndose de las fuerzas de todos y dirigiéndolos a su voluntad... Ved lo que ha ocurrido entre nosotros; cuanto menos organizados hemos estado, más nos hemos encontrado a merced de algún individuo... La organización, lejos de crear la autoridad, es el único remedio contra ella y el único medio para que cada uno de nosotros se habitúe a tomar parte activa y consciente en el trabajo colectivo, y cese de ser instrumento pasivo en manos de los jefes... Una organización, se dice, supone la obligación de coordinar la propia acción con la de los otros; por tanto, viola la libertad, traba la iniciativa. A nosotros nos parece que lo que verdaderamente quita la libertad y hace imposible la iniciativa, es el aislamiento, porque hace impotentes. La libertad no es el derecho abstracto, sino la posibilidad de hacer algo: esto es verdad entre nosotros como en la sociedad en general. Es en la cooperación de los otros hombres



donde el hombre encuentra los medios para desarrollar su actividad, su potencia de iniciativa".

En cuanto a las formas de organización anarquista, no puede menos que tomar las que las circunstancias aconsejan e imponen. Pueden ser "diversos los criterios con que se formarán los grupos de propaganda y los de acción; habrá grupos aislados, a los cuales la naturaleza de los hechos que llevan a cabo no per-

mite comunicar sus secretos sino a personas segurísimas y que pueden realmente concurrir al éxito de aquellos hechos; como habrá federaciones de grupos que tendrán existencia pública y sacarán fuerza y eficacia de su publicidad. Habrá grupos permanentes y grupos transitorios, que se disuelven apenas cumplido el acto por el cual se formaron "agrupaciones modificables según la modificación de las ideas y de los intereses: agrupaciones minúsculas cuando se trata de intereses transitorios; pero tanto más vastas y duraderas cuanto más los objetivos a conseguir son comunes a gran número de personas y requieren el concurso de muchos y son de carácter permanente...

Malatesta daba mucha importancia a la organización "vasta y duradera", con criterios orgánicos y formas determinadas. Una organización anarquista de fundarse, a mi juicio, sobre... la plena responsabilidad de los individuos y de los grupos; el libre acuerdo entre los que creen útil unirse para cooperar con un fin común; el deber moral de mantener los compromisos aceptados y no hacer nada que contradiga el programa aceptado. Sobre estas bases se adoptan luego las formas prácticas, los instrumentos adecuados para dar vida real a la organización. De ahí los grupos, las federaciones de grupos, las federaciones de federaciones, las reuniones, los congresos.

En una organización anarquista todos los miembros pueden expresar todas las opiniones y emplear todas las técnicas que no estén en contradicción con los principios aceptados y no dañen la actividad de los demás...

Por cierto, la duración, la permanencia de una organización es condición del éxito en la larga lucha que debemos librar... Pero la duración de una organización libertaria debe ser consecuencia de la afinidad y de la adaptabilidad de su constitución a los continuos cambios de las circunstancias.

Es mejor estar desunidos que mal unidos. Pero querríamos esperar que cada individuo se uniera... y que no existieran fuerzas aisladas o fuerzas desperdiciadas.

Lo importante, para que una organización anarquista sea lo más anarquista posible, es que todos sus componentes participen en su actividad directamente, y que la organización sea activa y responda a una necesidad real. "La experiencia nos enseña que las organizaciones que se hacen por iniciativa de pocos y sin que la necesidad sentida por muchos la imponga, con la esperanza que luego se acrecentarán y encontrarán la labor a realizar, o permanecen estériles o mueren, o bien confunden el medio con el fin, se convierten en fin de sí mismas y consumen sus fuerzas en inútiles formalidades y llegan a ser un obstáculo en lugar de una ayuda al movimiento".

"Deseamos que los grupos anarquistas se multipliquen y se ensanchen. Hágase una federación, háganse dos, háganse cien: lo importante es que cada uno halle el ambiente que le conviene, que cada uno pueda trabajar según sus ideas y su temperamento, y halle en la asociación no un límite a su libertad, sino el modo de hacer más eficaz su actuación, más verdadera su libertad... Libertad del individuo en el grupo y del grupo en la federación..., sí; pero como las palabras son elásticas, y las fórmulas verbales son siempre más o menos equívocas, es bueno explicarse. Si alguien se pone en contradicción con las ideas profesadas, si reclama el derecho de faltar a los compromisos contraídos, si, por ejemplo, se dice abstencionista y se vende a un candidato; si hace de espía, etc., etc., entonces la sola libertad que podemos reconocerle es la de... marcharse. En un cierto sentido debemos ser más disciplinados que los otros, porque nuestra disciplina no es obediencia a las minorías, sino respeto voluntario a las convicciones afirmadas, y coherencia lógica y moral con nosotros mismos, cuanto más compañeros hay desorganizados y aislados, más prepondera la influencia del orador y del periodista, y no hallando resistencia y control eficaz en la colectividad puede degenerar en autoridad efectiva y nefasta. Después de todo la base de todo es siempre la conciencia del individuo, de cada individuo; y esta conciencia tanto más se desarrolla y se eleva cuanto más son los contactos, las discusiones, las cosas hechas en común".

"Vemos a menudo a los antiorganizadores mejor organizados que los que



predican siempre la organización; como, por otra parte, vemos a menudo más residuos autoritarios en los grupos que proclaman la libertad absoluta del individuo, que en los otros acusados de tendencias autoritarias, porque se dicen partidarios de la organización".

También para la organización, como para la anarquía en general, lo que interesaba a Malatesta era el espíritu más que la letra, la convicción consciente más que las formas aparentes. Sin en las formas exteriores o en la fría letra la organización se hacía difícil o duraba poco, no había que desalentarse: "No hemos logrado siquiera hacer la revolución... y sin embargo, el no haber vencido todavía no basta para hacernos cesar en el combate... Por lo demás, más que la organización efectiva, regular, que halla enormes dificultades en las condiciones de hoy —... sobre todo por las persecuciones gubernativas que hacen peligroso el escribir y el tener direcciones y que con las disoluciones y arrestos en masa deshacen periódicamente el trabajo hecho ya— lo que importa es el espíritu de organización, es decir, la convicción de la utilidad y necesidad de buscar en todo la cooperación de los otros y el ánimo dispuesto siempre a unirse con los compañeros y trabajar juntos apenas se presente la posibilidad. Cuando existe ese espíritu una organización puede deshacerse mil veces, por dificultades internas o por violencias externas; pero el trabajo hecho durante el tiempo en que ha existido no se perdió, y todo vuelve a iniciarse más fuertemente que antes".

"Hay quien se dice individualista (escribió en 1897) por entender que el individuo tiene derecho a su completo desarrollo físico, moral e intelectual y que debe hallar en la sociedad una ayuda, y no un obstáculo, para alcanzar el máximo de felicidad posible. Pero en tal sentido somos individualistas todos y no se trataría más que de una palabra más; y nosotros no la adoptamos sólo porque, teniendo otras y distintas acepciones, no serviría más que para engendrar confusión. No sólo nosotros, anarquistas o socialistas de todas las escuelas, somos individualistas en el sentido señalado, sino que lo son todos los hombres de cualquier escuela o partido, pues el individuo es el único ser sensible y consciente y siempre que se habla de disfrutes o de sufrimientos, de libertad o de esclavitud, de derechos, de deberes, de justicia, etc., no se tiene, ni se puede tener en vista más que los individuos vivos.

"Alguna vez, pues, se trata de una simple cuestión de palabras... Pero a menudo hay realmente una importante diferencia de ideas entre los que profesan y los que repudian el individualismo, y hay que determinar esa diferencia... Examinando todo lo que se ha dicho y escrito por los anarquistas individualistas, nosotros apercibimos la coexistencia de dos ideas fundamentales, contradictorias entre sí, que muchos no afirman explícitamente, pero que, en una forma o en otra, se vuelven a encontrar siempre; y a menudo también en las ideas de muchos anarquistas que no suelen llamarse individualistas.

"La primera de estas ideas consiste en considerar la sociedad como un agregado de individuos autónomos, completos en sí mismos y capaces de bastarse a sí mismos, que no tienen razón para estar juntos si no encuentran en ello el propio beneficio, y que podrían separarse cuando hallasen que las ventajas que la sociedad les ofrece no compensan los sacrificios de libertad individual que ella exige... Hoy, dicen, unos pocos individuos han acaparado todas las riquezas naturales y producidas, y todos los demás se encuentran obligados a sufrir por fuerza las reglas impuestas por la sociedad o por aquellos que tienen el imperio en la sociedad. Pero si la tierra, si los medios de trabajo fuesen libres para todos, y si la fuerza organizada de una clase no obligase al pueblo a la esclavitud, nadie tendría razón para permanecer en sociedad cuando su interés le aconsejase diversamente. Y como, una vez satisfechas las necesidades materiales, la suprema necesidad del hombre es la libertad, toda forma que exigiese un sacrificio cualquiera, aunque mínimo, de la voluntad individual, debe repudiarse. Haz lo que quieras, tomado en el sentido más estricto y absoluto de la frase, es el principio supremo, la regla única de la conducta.

"Pero por otra parte, admitido el individuo autónomo y su absoluta, ilimitada libertad, se deriva de ello que apenas los intereses se encuentran en antagonismo y las voluntades divergen, surge la lucha, y en la lucha los unos permanecen vencedores y los otros vencidos, y por tanto se vuelve a la opresión y a la explotación a que se quiere poner remedio. Por eso hacía falta a los anarquistas individualistas... un modo para poder, más o menos lógicamente, conciliar el bien permanente de todos, el principio de la absoluta libertad: el de la armonía por ley natural. Haz lo que quieras; pero es cierto, dijeron, que espontáneamente, naturalmente no querrás hacer aquello que no puede menos de perjudicar el derecho igual de los demás a hacer lo que quieran... Y todo irá bien; todo marchará naturalmente de acuerdo... y no habrá necesidad ni de reglas ni de pactos, pues, haciendo cada cual lo que quiere, se encontrará que ha hecho, sin saberlo ni quererlo, propiamente, precisamente lo que querían los otros".

Ahora bien, según Malatesta, estos dos principios fundamentales del individualismo anarquista (que son aceptados, a pesar de la aparente contradicción de los términos, incluso por muchos que profesan el comunismo) son completamente erróneos:

"El individuo humano no es un ser independiente de la sociedad, sino un producto de ella. Sin sociedad no habría podido salir de la esfera de la animalidad brutal y convertirse verdaderamente en un ser humano, y fuera de la sociedad no podría menos de volver más o menos rápidamente a la animalidad primitiva. El hombre puede ser en la sociedad libre o esclavo, feliz o infeliz, pero en la sociedad debe permanecer, porque esta es la condición de su ser humano. Por tanto, en lugar de aspirar a una autonomía nominal e imposible, debe buscar las condiciones de su libertad y de su felicidad en el acuerdo con los otros hombres, modificando de acuerdo con los demás aquellas instituciones sociales que no le convengan. Y es por tanto vana, y completamente desmentida por los hechos, la creencia en una ley natural por la cual la armonía entre los hombres se establece automáticamente sin necesidad de su acción consciente y querida. Aun destruido el Estado y la Propiedad individual, la armonía no nace espontáneamente, como si la naturaleza se ocupase del bien y del mal de los hombres, sino que es preciso que los hombres mismos la creen".

orgAnizAción y método en el trAbAjo cotidiano



Es innegable, a esta altura, algo que hemos repetido otras veces: que en nuestro país se da una paulatina agudización de los enfrentamientos, resultado directo del deterioro gradual e irreversible de la situación económico-social. Sin embargo, esto que es fácilmente comprobable haciendo un poco de memoria, no debe llevarnos a imaginar un proceso necesariamente lineal y uniformemente acelerado. El deterioro de la situación, la agudización de la lucha, tienen altibajos. La alternancia de períodos de tensión y de distensiones, sin duda cada vez más breves, constituye uno de los rasgos específicos del proceso uruguayo en esta etapa de transición.

Como resultado de su desarrollo espontáneo, comprobamos que en los períodos de tensión se movilizan gran cantidad de fuerzas, aparecen nuevos militantes que se incorporan a la lucha, a distintos niveles. Luego, cuando sobrevienen los remansos, las distensiones parte de esas fuerzas, muchos de esos militantes, se dispersan determinando un descenso del tono general de la acción. Constituye esto una característica muy negativa que es necesario superar.

En el marco de una estrategia de lucha prolongada adquiere particular significación el acrecentamiento constante de las fuerzas, el incremento paulatino y permanente del volumen y el nivel de las tareas. Y para asegurar esos resultados es imprescindible consolidar orgánicamente todo ese caudal de fuerzas que se agrupan en los momentos difíciles para dispersarse luego, haciéndose inefectivas. La única forma de lograr ese resultado es aplicar una adecuada política de organización.

La resistencia a las medidas de seguridad ha evidenciado la espontánea disposición de pelea que existe en amplios sectores del pueblo. Pero ha mostrado también que no se puede contar, para orientarla y canalizarla, con los aparatos montados por el reformismo en épocas pasadas, en que aparecían como funcionales

para los niveles de lucha que se planteaban entonces. En momentos como éste, centenares de nuevos compañeros que constatan el fracaso de esa política, se acercan a las organizaciones revolucionarias, a los sectores más combativos y es necesario abrirles una perspectiva de trabajo permanente, proporcionarle a su inquietud un marco orgánico que la encuadre facilitando su desarrollo. A esto debe atender un criterio metódico de organización.

¿En qué se concreta, qué significa una política de organización? Supone en primer término, superar actitudes erróneas bastante discutidas. Veamos dos de ellas.

1) El individualismo que resista cualquier disciplina militante, que rechaza "definirse", que no quiere "encastrarse". El individualista, descendiente directo del liberal burgués, reacciona solamente ante estímulos fuertes, se incorpora al combate sólo en los momentos álgidos, negándose a una labor continuada, especialmente en los períodos de relativo descenso de las luchas. Esta actitud favorece la dispersión de fuerzas, dificulta la posibilidad de tomar la iniciativa, traba la creación de las condiciones que permitan replicar con puntualidad a los golpes del enemigo. Aplicada consecuentemente llevaría a la liquidación de toda forma de actividad organizada, mantendría a las fuerzas populares en un estado de atomización. En esa forma las condena (se condena a sí mismo) a actuar sólo de contragolpe, a esperar que la iniciativa del enemigo cree los estímulos sentimentales, las situaciones dignas de "merecer" su militancia.

2) El espontaneísmo, vinculado estrechamente a la actitud individualista. Sólo cuando las medidas reaccionarias, cuando la represión con su brutalidad conmueve los sentimientos de las masas y desata la respuesta espontánea de éstas, se suma a esa respuesta. Desde luego, cuando la marea espontánea desciende también desciende su actividad. Esta actitud igual que la anterior; conduce a la liquidación de la acción organizada y aun de cualquier tipo de acción, en los períodos de distensión. Quien se deja ganar por esta concepción acompaña la movilización popular pero no se adelanta a ella. No la promueve, ni la organiza, ni la encabeza.

Cierta respuesta sentimental integra toda actitud política, pero el nivel de conciencia que requiere la situación demanda un grado mayor de politización, de madurez, que sólo puede surgir de un trabajo colectivo, organizado y permanente. Con una actividad organizada se puede acumular la información, asimilar las diversas experiencias, elaborarlas teóricamente confrontándolas con una práctica sostenida y múltiple.

En una perspectiva de enfrentamiento duro y prolongado, frente a un enemigo que perfecciona sus métodos represivos, es una actividad bien organizada y dotada de continuidad la que puede tener futuro. Sin embargo, es necesario, realizar, desde ahora, un esfuerzo tesonero para superar a la brevedad esas concepciones negativas, que traban un más rápido acrecentamiento de las fuerzas populares.

Aplicar sistemáticamente un criterio organizativo implica no sólo la creación de organizaciones, sino un estilo de trabajo con los militantes, especialmente con



los numerosos compañeros que se van incorporando ahora.

Una política de organización así definida significa:

a) A nivel gremial (obrero, estudiantil) agrupar con amplitud, en organismos estables (agrupaciones, listas, etc.) a los compañeros más combativos, a los que demuestran prácticamente una más consecuente disposición de lucha.

b) Promover objetivos inmediatos de lucha pero abriendo una perspectiva de trabajo a largo plazo, que legitime y estimule su actividad con carácter permanente. Esto implica formular, en cada lugar, una orientación general, una línea de trabajo para cada gremio, en términos reales y concretos.

c) Discutir y elaborar colectivamente esos objetivos y esa línea de trabajo evitando las modalidades más o menos caudillistas en que suelen incurrir compañeros más experimentados o politizados. Hay que evitar que los compañeros vayan "a mirar", pasivamente a las reuniones. La formación y desarrollo de nuevos militantes puede requerir un trabajo paciente y más o menos largo, en la medida en que la situación general se matizan con distensiones que minan la base inicialmente espontánea de las adhesiones e impulsos militantes.

d) Distribuir tareas y responsabilidades de modo que la actividad sea realmente fruto de un esfuerzo colectivo y aparezca visiblemente como tal. Es la única forma de que cada compañero haga su propia experiencia y madure con ella. Hay que desterrar la modalidad del "mandadero", que se reduce simplemente a hacer "lo que dijo fulano" sin entender bien qué sentido tiene la tarea. Sin desmedro de la exigencia, que debe ser pareja, hay que consultar en lo posible, las propensiones y vocaciones propias de cada militante, de modo de asignarle tareas en las que se sienta cómodo y pueda rendir más.

e) Atender el nivel político de las reuniones y de la actividad en general. Esto significa hacer un esfuerzo por explicarse y explicar los hechos, las distintas peculiaridades de la lucha, las orientaciones estratégicas, las formas concretas de la táctica como etapas de un proceso general, como momentos en la aplicación de una línea. Así se evita caer en un activismo de tipo "administrativo", en rutinas más o menos vacías que desvirtúan la militancia.

La aplicación de una línea que se demuestra correcta, polariza posiciones. Instrumentarla organizativamente, ganando a todos los compañeros para esa política, actuando con amplitud frente a ellos, esta es la tarea que nos cabe a todos.

